

Solo un chavo



Fotofija, Chavo del 8, Chespirito, Televisa

1

Pelao, guambra, cipote, guagua, chinche, gurí, patojo, chamo, chigüín, chino, mitaí, pibe, güiro, chico o chavo es un amplio glosario para referirse a un niño en los territorios donde colonizó el español católico, apostólico y romano. Con seguridad, hoy debe haber otras novedosas formas que puedan nutrir esta larga lista. Gamín, por ejemplo, podría ser uno de esos apelativos que hacen también referencia a un niño, pero a uno que no tiene casa, que es huérfano y que, a lo mejor, vive de la compasión de sus congéneres.

Roberto Gómez Bolaños tropicalizó la idea de la dramaturgia inglesa con la adopción de su

seudónimo mundialmente conocido, Chespirito, con el cual pretendió brindar un homenaje al padre de las artes escénicas de la modernidad europea, William Shakespeare. Y, sin dejar nunca de rendir una venia al muy mexicano fonema “ch”, creó, con una constelación de retratos estereotipados de gentes “comunes y silvestres”, una fauna urbana tan variopinta y melosa, que se metió literalmente en las casas de millones de personas, en un tiempo donde la oferta televisiva era escasa y la industria del entretenimiento mexicana abanderaba la parada en términos de imagen en movimiento, fuera ella cine o televisión. Estas series nos dejaban ver, por ejemplo, la vida de la vecindad

del Chavo, la vecindad número 8 de no sabemos qué colonia del D. F. mexicano. El Chavo del 8 ha sido mucho más que una simple serie de televisión: se consolidó como la representación de la niñez en nuestra región.

Se dice que hacia 1975, cuatro años después de su primera emisión, 350 millones de personas en Hispanoamérica gozaban con las ocurrencias de una comuna pequeña, de dos patios, que entre sus habitantes tenía un cartero, una señora mayor, temida dizque por ser bruja, un padre holgazán con su pequeña hija, y una madre soltera con un hijo joven bastante peculiar de alta estatura y cachetes inflados. Ah, y sin más que un barril como domicilio, un chavo sin nombre que usaba el número de la vecindad quizá para diferenciarse de otros tantos por allí botados a su suerte.

Hoy ha cambiado mucho la escena, tal vez al punto de que la desaparición de la televisión convencional, gracias a la llegada de la que se oferta por demanda (*streaming*) es una realidad innegable, mucho más cuando los contenidos son efímeros y pocas personas logran estar conectadas a un dispositivo por más de 144 caracteres o el minuto que dura un video en Instagram. No obstante, es difícil conocer a alguien en nuestra geografía que no tenga el referente de aquel niño pobre, con gorra de orejeras a cuadros en tonos verdosos, cargaderas de trapo rojo cruzadas, camisa a rayas horizontales amarillenta, pantalones cortos y botines maltrechos sobre unos muy particulares calcetines de resortes desvencijados. Este chavo, que no se presentó nunca con un nombre más que el genérico propio del país azteca, acompañado del número de la vecindad donde permaneció día y noche sin más techo que el hueco estrellado de su barril de agave, hizo reír y acongojar con la tristeza de su feliz miseria a muchos de nosotros por varias décadas.

La realidad de nuestra América es la realidad de este chavo sin nombre, eso no cabe duda. La salida del español devoto, una vez se alcanzaron las independencias de las párvulas repúblicas del ya no tan nuevo continente, dejó tras de sí una estela de malestar social que hasta hoy hace perenne la representación de nuestra niñez como la de este pequeño pecoso ocurrente que, sin mayor malicia, acudía con sus amigos a la escuela del profesor Jirafales, con la idea de entender su realidad, la realidad de una tragedia que se repite una y otra vez, ya no con niños solos en vecindades de amigos, más bien con niños trashumantes que, igualmente solos, son detenidos y capturados por la guardia del país de *Sesame Street*, la serie que representa el bienestar de *the children of America*. No deja de ser una paradoja que este chavo se haya ganado los corazones de todos los hogares donde fue visto, no tanto como en su propia casa, México; dicen que nadie es profeta en su tierra, y algo de eso tendrá que ver, o también el hecho de que la oferta manita era amplia y no había lugar para un retrato macabro de una sociedad indolente. Es preferible, simplemente, la paja en el ojo ajeno que la viga en el propio.

Esta edición de nuestra *Agenda Cultural Alma Máter* rinde homenaje a los cincuenta años de aparición de este niño mexicano sin nombre que representa una niñez desamparada, pero no por eso menos alegre, de América, y para exponer la riqueza de sus matices nos acompañan Carlos Aguasaco, Gabriel Rodríguez Álvarez, María Paulina Mejía Correa, Jorge Eduardo Urueña López, Juan Fernando Hincapié y Fabio Humberto Giraldo Jiménez a quienes invito a leer con la misma alegría que profesa este Chavo querido, aunque no sepamos nunca quién fue y, mucho menos, quien llegó a ser.

Oscar Roldán-Alzate